

Carlo M. Cipolla

# Tres historias extravagantes



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Tre storie extravaganti*  
Traductor: José Luis Gil Aristu

Primera edición: 1995

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Filippino Lippi: *Disputa con Simón el Mago y crucifixión de San Pedro* (detalle), fresco, 1481-1482. Iglesia de Santa María del Carmine, Capilla Brancacci (Florencia).

© ACI / Bridgeman Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1994 by Società Editrice il Mulino, Bologna

© de la traducción: José Luis Gil Aristu

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-667-3

Depósito legal: M. 227-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Hombres duros
- 63 El timo del siglo (XVII)
- 81 Los Savary y Europa



*Ridentem dicere verum quid vetat?*  
(‘¿Qué impide decir la verdad riendo?’)  
Horacio, *Sat.*, I, 1, 24-25



Hombres duros



A principios del siglo XIV el banco o compañía de los Bardi era una de las sociedades mercantiles financieras más poderosas y ricas de Europa, si no la primera. Entre los últimos años del siglo XIII y primeros del XIV el banco contaba de 100 a 120 empleados, y entre sus clientes se encontraban los personajes de mayor esplendor y riqueza del momento, incluidos príncipes, reyes y cardenales. Giovanni Villani, aquel cronista comerciante que fue todo un entendido en estos asuntos, estaba convencido de que los Bardi y los Peruzzi (otra compañía florentina con extraordinario poderío) eran «las dos columnas de la Cristiandad», y a nadie se le ocurrió jamás llevarle la contraria.

La fama de los Bardi, notable ya en vida de la compañía, fue posteriormente en aumento en los libros de historia con motivo de su quiebra en 1346, debida sobre todo al impago de la deuda contraída por la Corona inglesa, aunque es probable que los Bardi hubieran renunciado gustosos a esta fama adicional. Sea como fuere, todavía

hoy se sigue considerando a los Bardi una de las glorias nacionales.

La *Compagnia de' Bardi* pertenecía a una generación de empresas bien definida. En la Alta Edad Media (es decir, entre los siglos VII y X, en términos generales), cuando predominaba en Europa la economía feudal, no existían compañías ni bancos. La sociedad y la economía europeas eran demasiado primitivas: el comercio estaba manejado por *mercatores* que, solos o en caravanas, iban de feria en feria y de castillo en castillo ofreciendo a la venta mercancías variadas y exóticas (como telas orientales, objetos de marfil, joyas) y artículos raros (como reliquias de santos, casi siempre falsas) e incurriendo, entre negocio y negocio, en actividades poco recomendables, pues, en los períodos de carestía, practicaban, sin duda, el mercado negro y, de creer a un escritor de la época, algunos de ellos capturaban niños que luego castraban para venderlos en los mercados musulmanes de España. Es imposible decir si tal cosa era cierta; sin embargo, la circulación de semejantes rumores sobre los mercaderes es una prueba de lo que la gente los creía capaces de hacer.

En un mundo donde prevalecía el inmovilismo, donde todos, o casi todos, estaban ligados a un pedazo de tierra y cada cual tenía su señor, el merca-

der era el individuo descarriado, errante y vagabundo por antonomasia, sin patria ni hogar.

Los *mercatores* de la Alta Edad Media eran, pues, gente desarraigada, contemplados en todas partes y por todo el mundo con extrema suspicacia, un poco como los actuales gitanos de carreta; y los hombres de Iglesia los condenaban sin reticencias por su apego al dinero y a una vida totalmente dirigida a correr tras el lucro material. Un documento de Flandes del siglo XI los llama *homines dun*, y no le faltaba razón. Sólo unos *homines dun* podían y se atrevían a desentenderse de la condena de la Iglesia y a afrontar continuamente los riesgos y peligros mortales siempre al acecho en las calzadas, o mejor, senderos y caminos que constituían la rudimentaria red vial de la Europa del momento, y sólo ellos se veían precisados a pasar por extensas zonas deshabitadas o a través de espesos bosques donde convivían animales peligrosos y bandidos, que no lo eran menos. El comercio se confundía entonces con el bandolerismo y la navegación con la piratería. Trabajar en uno de estos sectores significaba toparse constantemente con tipos de mala catadura y cuchillo fácil, vivir de continuo con el peligro de emboscadas y matar a menudo para no ser muerto. Quien estuviera dispuesto a llevar un tipo de vida tan peligroso era, sin duda, un hombre «duro». No sólo los tipos «afables» y «blandos», sino ni siquiera

ra las personas normales estaban hechas para semejante clase de vida. Y así, con esas penalidades, se vivió durante algunos siglos.

En el siglo XI, sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar. A este cambio se le dio el nombre de «revolución comercial». Los historiadores tienen la manía de endilgar el término «revolución» a cualquier cambio de cierta importancia a largo plazo, sin exceptuar el conjunto de transformaciones ocurridas entre los siglos X y XIII. Una de las mutaciones más importantes acaecidas durante ese período fue la progresiva desaparición en el comercio por tierra (la observación no es aplicable, por tanto, al comercio marítimo) del mercader itinerante que viajaba con la mercancía sobre sus propios hombros o a lomos de los burros y mulas de la caravana. Estos seres vagabundos fueron sustituidos cada vez con mayor frecuencia por comerciantes más parecidos a los que conocemos ahora: hacían viajar a sus mercancías en vez de viajar con ellas, disponían de una sede permanente, tenían en las principales plazas de Europa agentes o representantes que dependían de ellos, sabían leer y escribir, y habían desarrollado una contabilidad mercantil y tomado la iniciativa de abrir escuelas laicas, por contraste con las escuelas religiosas. En general, se trataba de individuos bastante más civilizados que sus predece-

sores de los siglos VII al XI, pero seguían siendo *hominés dun*. En el comercio y la navegación no hubo lugar, hasta fechas muy recientes, para tipos de carácter blando.

En cualquier caso, la llamada «revolución comercial» constituyó también una profunda revolución social en buena parte de la Europa occidental. Surgieron nuevos linajes, mientras que otros decayeron. El fenómeno más llamativo e importante, sobre todo en las ciudades de la Italia central y septentrional, de los Países Bajos, de la Hansa alemana y de Cataluña, fue el ascenso de la clase mercantil. Los comerciantes, que en el mundo agrario feudal habían quedado confinados a los peldaños más bajos de la escala social, emprendieron un ascenso sin precedentes y se situaron en la cúspide de la sociedad: en términos vulgares, pero eficaces, puede decirse que se convirtieron en dueños de las ciudades que florecieron y prosperaron en las mencionadas zonas. En otras regiones de Europa occidental, el fenómeno adquirió formas mucho más atenuadas, y fuera de Europa no se produjo en absoluto. Este fenómeno tuvo importancia y consecuencias incalculables tanto en el sector económico como en el político.

Los comerciantes que en estas zonas pasaron a ser en la práctica los patronos del barco fueron

sobre todo los grandes, es decir, aquellos que ejercían el comercio a escala internacional y unían a la actividad mercantil la de las manufacturas y las finanzas (cambistas y banqueros).

En Italia, la nueva forma organizativa de estos agentes económicos fue, en el comercio terrestre, la denominada «compañía». En la base de la compañía se situaba, sólida y grave, la familia, de tipo eminentemente patriarcal. El «viejo» juzgaba, decidía, sentenciaba y mandaba, y los demás obedecían, sin excepciones y sin derecho a «refunfuñar». La familia suministraba a la compañía hombres y capital. También esto constituía una novedad, pues, según hemos indicado, los mercaderes de los siglos VII-XI eran gente desarraigada y carecían, por tanto, del sostén y la corresponsabilidad de la familia; muchos de ellos no sabían siquiera si la tenían.

Cuando, con el nuevo milenio, aparecieron las primeras compañías comerciales, depósitos y capitales fueron aportados exclusivamente por los miembros de las respectivas familias. Sin embargo, con el paso del tiempo (me atrevería a añadir que bastante pronto) las cosas cambiaron y las compañías comenzaron a aceptar depósitos, y más tarde participaciones en el capital de miembros ajenos a la parentela. En 1298, el año de su quiebra, de los veintitrés socios que tenía la compañía

de los Buonsignori de Siena, sólo cuatro eran hijos del fundador de la misma, y uno, un sobrino. En 1310, de los veinticuatro socios que componían en aquel momento la compañía de los Bardi, sólo diez procedían de la línea familiar principal. Entre los titulares de depósitos figuraban numerosos Bardi, pero hemos de recordar que la gran mayoría de los miembros de la familia no participaba activamente en la gerencia de la sociedad. La *Compagnia de' Bardi*, como la mayor parte de las demás compañías comerciales y financieras del momento, era un asunto familiar sólo en sentido muy amplio.

Con el tiempo, los Bardi formaron no una sino varias compañías por una razón muy precisa: limitar en el tiempo la duración de la responsabilidad de los socios. Conviene recordar sobre este punto que por aquellas fechas no habían nacido todavía las sociedades de responsabilidad limitada, y cualquier socio respondía con todo su patrimonio de las pérdidas de la compañía en su totalidad. El único modo de limitar la incómoda responsabilidad ilimitada y consolidar los beneficios de una sociedad consistía en cerrar sus cuentas y volver a crear una nueva en lugar de la anterior.

Los siglos X, XI, XII y XIII se caracterizaron en Europa por una vigorosa expansión demográfica. Todo

lo que podemos decir al respecto es, simplemente, que nacieron más personas de las que murieron; no es mucho, pero incluso esta minucia, más que probarla, la imaginamos. Parece ser, asimismo, que la diferencia positiva entre nacimientos y defunciones fue una realidad más bien del campo que de la ciudad, pero un fuerte flujo migratorio del campo a las ciudades hizo que la población urbana aumentara más que la rural.

Cuando se produce una expansión demográfica, aumentan las personas, pero, por lo general, crecen también las familias. En el período que tratamos crecieron también los Bardi, como individuos y como familia. En torno al año 1340 vivían en la ciudad y el territorio de Florencia más de 120 Bardi varones adultos, vinculados entre sí todos ellos por lazos de parentesco<sup>1</sup>. Se trataba de una familia extensa, tal como hemos dicho, poderosa por su número y su riqueza –quizá la más poderosa y rica de la ciudad–, concentrada en su gran mayoría en el barrio de Oltr’Arno, donde todavía hoy se halla la Via de’ Bardi. En 1427, de las

1. En 1342, 120 varones adultos de la familia Bardi se presentaron ante un notario para jurar paz eterna con sus enemigos tradicionales, los Buondelmonti. Pero nadie ha dicho que todos los Bardi varones de Florencia se hallaran presentes en la ceremonia. La cifra de 120 representa, pues, un límite mínimo; a ellos se han de añadir los posibles ausentes.